

Castillo del Mar. Habana.

CAPÍTULO PRIMERO

A PACIBLE como un día de primavera llegó el 12 de Noviembre de 1900. La fecha señalada para emprender el viaje estaba ya cercana, y todos los peregrinos se reunían en la ciudad de México, acudiendo á la cita que se les había dado. Hora tras hora, hasta la víspera de la partida se sucedían en las oficinas de la peregrinación, las personas que en ella iban á tomar parte, solicitando informes que apenas había tiempo de darles. Por fin quedaba cerrado definitivamente el registro, y el personal de la gran romería se hallaba constituido de la manera siguiente:

Ilmo. y Rmo. señor doctor y Maestro don Ramón Ibarra y González, Obispo de Chilapa y Director espiritual de la peregrinación.

Señor don Timoteo Macías, Presidente y organizador de la misma, y representante de los importantes periódicos católicos *La Voz de México* y *La Ciudad de Dios*.

Alberto G. Bianchi, Secretario de la Peregrinación y representante del diario católico *El País* y del semanario religioso *El Domingo*, de la ciudad de Durango.

Señor presbítero don J. Solorio Gil, familiar del Ilustrísimo señor Obispo y representante del diario católico *El Tiempo*.

Señores Canónigos: don Andrés Segura y don Manuel Alba, representantes de la Mitra de León; don Francisco C. Miranda y don Antonio Miranda, de la Diócesis de Chilapa.

Representantes de las Diócesis: señores presbíteros doctor don Rafael Amador, de Puebla; don Leopoldo Lara y don José María Soto, de Michoacán; don Jesús Loya y don Felipe de J. Arellano, de Durango; don Mauricio Carrillo, de Guadalajara; don Francisco Amezcua, de Colima; don Pascual Gutiérrez y Vargas, de Veracruz; don José Chávez, don Jesús Corral y don José de la Merced Legarda, de Chihuahua; don Mariano Salazar, de Chiapas; don Dámaso Sotomayor, de Sinalva; don Antonio Soto y don Justino Amatón, de Zacatecas.

Señores presbíteros: don Nicasio E. Zepeda, representante de *El Nacional* y *El Amigo de la Verdad*; don Francisco Gómez Plata, don Crescencio Rivera Soria, don Octaviano Cano, don Mauricio Jacobo, don Epigmenio Ríos, don Manuel Díaz Calderón, don Ramón N. Cano, don Pedro Rodríguez, don Aniceto Cárdenas,

don Florencio Arizmendi, don Jesús Ramírez de Aguilar, don Vicente de P. Hinojosa, don Vicente Bravo, don Catalino V. Álvarez, don Pedro Flores y Moreno, don Juan C. Salcedo, licenciado don José María



ILMO. SR. DR. D. RAMÓN IBARRA Y GONZÁLEZ,
OBISPO DE CHILAPA.

Arias, don Gabino Acevedo, don Justo Díaz, don Othón Larios, don José María Hernández, don Anselmo de J. González, don Severiano Romero, don Merced Jiménez, fray Manuel Hoyo, fray Ramón Borja, don Felipe Maldonado, don Miguel Jerónimo Aguilar, don

Amado López, don Francisco Ruíz y Guzmán, don Maximiano de J. Villaseñor, don Ignacio García, don Jesús María González, don Rosalío López, don Carlos Soto, don Paulino Pérez, don José Sampedro Sánchez y diácono don Valeriano Sánchez.

Señoras Guadalupe Guzmán de Macías, Guadalupe Fernández V. de Ulibarri, Dolores Lara de Lozano, María Bernal V. de Sicilia, Guadalupe Uranga V. de Terrazas, Petra Díaz de Muñoz, Valeria S. V. de Zamora, Refugio Martínez de González, Concepción Gayón V. de González, Virginia Fernández de Ayala, Maura Rojano y Gómez, Luisa Aguirre de Ibáñez, Felicitiana R. V. de Cano, Florida Flores, Clementina Castrejón V. de Solís, Francisca Castrejón V. de Thevenet, Isabel C. de Mendarte, Luz G. de Castillo, Rosa M. de Serrano, Vicenta Ocejo, Guadalupe Galicia, Francisca Calderón, María R. de Pérez, María de P. Castro, Teresa M. V. de Pizarro, Juana Miranda, María de J. V. Cázares, Dolores S. de Padilla, María Guadalupe Sánchez, Leonarda V. de Rodríguez. Señoritas Clementina Macías, Concepción Fortuño, Concepción Fernández, Merced Terrazas, Herminia Fernández, Mercedes A. Ochoa, Guadalupe Ochoa, Rosario Palomera, Guadalupe Palomera, Hermelinda Hernández, María de J. López, Marcota Chagollán, Pudenciana Tellitud, María J. Almanza, Micaela Aburto, Guadalupe Gayón, María Gayón, Concepción Chávez, Jacoba López, Ramona Jiménez, Bárbara Terrazas, María Díaz, Inés Díaz, Catalina Herrera, María Josefa López, María Cano, Dolores Ibáñez, Guadalupe Rojano y Díaz, Dolores Rojano y Díaz, Pilar Sagasti, Gabriela Díaz, María de la Luz

Ayala, Carmen Ayala, Carmen Maldonado, Petra de la Fuente, Petronila de la Fuente, María Librada Ruíz Velasco, María Trinidad Ruíz Velasco, María Hesiquia Ocejo, María Zúñiga, Eugenia Martínez, Concepción Maldonado, Aurelia Juarez, Manuela Juárez, María de J. Sánchez y Perfecta Romay.

Señores Hermenegildo Ayala, Encarnación Díaz, Joaquín Díaz Calderón, J. Ascensión López, Gonzalo Díaz, Antonio Terrazas, Agustín Ulibarri, Salvador León, Domingo Mendarte Lascurain, Luis G. Suárez, Sabino García, Manuel Preciado, Francisco Izquierdo, Jesús Alvarez, León Reyes, Agustín Bernáldez, Tomás Preciado, Agustín Gallardo, José María Moreno, Gumerindo Galván, Leopoldo Zúñiga, Demetrio Aguilar, Miguel M. Domínguez, José Alvarez Malo, Vicente A. Ruíz, Encarnación Ruíz, Baltasar Macías, Macedonio Pérez, Eduardo Torres, Manuel Torres, Ernesto Corona, Gabriel Molina, Gumaro Villalobos, Antonio Serrano, José D. Ruíz Velasco, Zenón Alvarez, Cruz Padilla, Román Sánchez Barquera, Antonio Alarcón, Pedro Corona y Castillo, Fernando Díaz, Julio Chávez, Manuel Ochoa, Manuel Sánchez Dávila, Nicolás García, Luis M. de Alba, Jacinto M. Becerra, Francisco Corzas, José de J. Meza, Blas de la Loza, Carlos Villegas, Raimundo Hoyo, Simón Juárez, Victoriano O. Rodríguez, Jesús M. Chávez, José de J. Plata, Cipriano Zúñiga, Herlindo Malacara, Marcelino Rosales, Ramón Lara, Merced Sandoval, Rafael Ramírez, Francisco Zamora, Antonio Ortega, Rafael Motolinia, José M. Aguilar, Quirino Flores, Rafael Arenas, Pablo Martínez, Vicente Herrera, Gregorio Herrera, Donaciano Torres Sánchez, Federico Sánchez y Felipe de Robles.

Niñas: Heriberta Macías, Dolores Ayala, Guadalupe Ayala, Dolores Ibáñez y María Sánchez.

Niños: Gonzalo Macías, Ignacio Ayala, Rafael Fernández Santa Cruz, José Escalante, Florentino Caballero y Manuel Rodríguez.

Con este grupo, no tan numeroso como se había propuesto su laborioso iniciador, se daba forma á la idea propagada casi con un año de anticipación. Iba á cumplirse en sus pormenores el programa que había circulado por todo el país, y comenzaba con el solemne triduo á María Santísima de Guadalupe, en su insigne Colegiata.

¿Qué mejor medianera para impetrar los divinos auxilios en la ardua empresa, que la Augusta Madre de los mexicanos?

El suntuoso templo erigido á la falda del Tepeyac, hoy reformado con magnificencia, gracias á la eficaz iniciativa del reverendo señor presbítero Plancarte y al decidido apoyo del Ilmo. señor Labastida, de feliz y grata recordación, se vió henchido de fieles la mañana del 13 de Noviembre. Allí se encontraban reunidos los peregrinos y allí estaban con ellos, además de sus familias, las personas piadosas que se proponían acompañarlos en espíritu durante su viaje á la Ciudad Eterna y pedían con fervor la protección divina para quienes, en pos de nobles ideales, estaban próximos á dejar la patria.

Ese primer día del triduo se dignó officiar de Pontifical el Ilmo. señor doctor don Francisco Plancarte y Navarrete, Obispo de Cuernavaca, y por su edad el Benjamín de los Prelados mexicanos. Ocupó la sagrada

cátedra el Ilmo. señor Director espiritual, encomiando el feliz pensamiento del piadoso católico que había acometido una obra tan difícil y estimulando á los peregrinos para emprender el viaje sin vacilaciones ni temores.

El día 14, segundo del triduo, el Ilmo. señor doctor y maestro don Martín Tritschler y Córdova, que había sido consagrado el 12 en la Colegiata, Obispo de Yucatán, celebró su primera Misa Pontifical.

Los peregrinos quedaron altamente agradecidos al sabio Prelado por esta honra que se sirvió dispensarles, como antes habían reconocido la bondad del Ilustrísimo señor Plancarte, al acompañarlos en el primer día del triduo. Con la elocuencia que le distingue volvió el Ilmo. señor Ibarra á ocupar la cátedra del Espíritu Santo, y excitó á los peregrinos para que sufriesen con paciencia, ofreciéndolas al Ser Supremo, las penalidades del viaje.

El día fijado para la marcha llegó por fin. La villa de Guadalupe se hallaba llena de animación como en las grandes fiestas religiosas que allí se suceden con tanta frecuencia. Era el 15 de Noviembre; el cielo ostentaba su purísimo azul y el sol derramaba sus fulgores sobre el espléndido valle de México, donde la primavera y el otoño se suceden sin dar cabida á los rigores del verano y del invierno.

El Ilmo. señor Alarcón, nuestro dignísimo Metropolitano, tuvo la deferencia de celebrar á las siete de la mañana una Misa rezada, y en ella dió á los peregrinos la sagrada Comunión. Concluída la Misa los bendijo, y todos salieron del Santuario para hacer sus últimos preparativos y tomar el desayuno.

A eso de las diez, el Ilmo. señor Ibarra, rodeado de todos los señores sacerdotes y seguido de los peregrinos, penetró en la Colegiata, y ante la Virgen Santísima de Guadalupe rezó el *Itinerario*. Acabado éste salió del templo, y á pie se dirigió al crucero donde esperaba á la comitiva un tren especial del Ferrocarril Interoceánico.

No era aquella una procesión; pero la muchedumbre ofrecía un aspecto imponente. Seguían al virtuoso Prelado no sólo los peregrinos, sino también los deudos de éstos y gran número de personas piadosas. Diríase al verla que aquella romería estaba preparada de antemano, y sin embargo, nada se había concertado con ese objeto. Todos recorrieron silenciosos y con gran recogimiento la distancia de la Colegiata al crucero del ferrocarril, que bien puede calcularse en unos dos kilómetros.

Describir la tierna despedida que tuvo lugar en aquel sitio, es tarea á que se resiste la pluma. Escena de lágrimas fué aquella que nadie de los que la presenciaron podrá olvidar mientras viva.

Había en todos una santa conformidad y una esperanza en Dios que no se atreven á concebir los incrédulos; pero no por eso menos cierta, y sin embargo, el dolor, patrimonio de la mísera humanidad, laceraba los corazones.

Natural era todo esto. ¡Quién es aquel que sin pesar se aparta del nativo suelo para surcar los procelosos mares, cuando abandona un lugar querido en que se deja la mitad de su alma! ¡Y cómo los seres amados podrán resistir la ausencia del que parte! Muy fácil-

mente si se considera el noble objeto que lo guía. A menudo se verifican separaciones semejantes porque el placer ó los deberes mundanos las imponen. ¡Y no habrían de engendrar resignación las que se llevan á cabo para ir en pos de espirituales bienes, de aquellos que unen la tierra con el cielo!

Esta idea se posesionaba de todos en tales momentos, y era un lenitivo á su dolor.

El silbato de la locomotora se dejó oír; púsose el tren en movimiento y *hasta otra vista*, proferían los labios sin atreverse á pronunciar la palabra *adiós*.

Retrocedió el tren hasta la estación de San Lázaro, y después de las doce del día continuaba su marcha con dirección á Veracruz.

Hízose la travesía con toda felicidad, y es justo decir que la compañía del Ferrocarril Interoceánico se esmeró en el buen servicio de la línea. La premura del tiempo hacía imposible que el tren se detuviese en algún punto para que pernoctaran los pasajeros, y más imposible aún habría sido proporcionar á todos carros-dormitorios.

Eso, no obstante, se procuró que el Ilmo. señor Ibarra tuviese un gabinete del Pullman á su disposición para que pudiese descansar; pero este humilde Prelado, dando ejemplo de abnegación, fué el primero que se negó á entregarse al reposo, y pasó la noche lo mismo que los demás, manifestándose alegre y satisfecho, sin proferir la más leve queja.

La línea del Interoceánico atraviesa por lugares pintorescos, y toca directamente dos ciudades de importancia; la angélica Puebla, cuyo contingente jamás ha sido escaso al tratarse de obras que enaltezcan el espí-

ritu religioso de sus hijos, y la risueña Jalapa que, adormecida con las aromas de sus vergeles á la falda del Macuiltepec, se ostenta como reina entre las frondas de sus bosques tropicales.

Desde que el tren se aleja de las grietas volcánicas, restos de antiguos cataclismos que se extienden á la falda del Cofre de Perote, el aspecto del paisaje cambia completamente. Los poéticos caseríos de las Vigas y la Banderilla preparan el ánimo del viajero para entrar en esa región de la tierra caliente, donde los céfiros suavizan los ardores del verano y el abrigo de las montañas dulcifica también los rigores del invierno.

En esas comarcas deliciosas de nuestra patria es donde más se estiman los dones que la Providencia se dignó prodigarle, haciendo que otros pueblos menos favorecidos la envidien y la ensalcen.

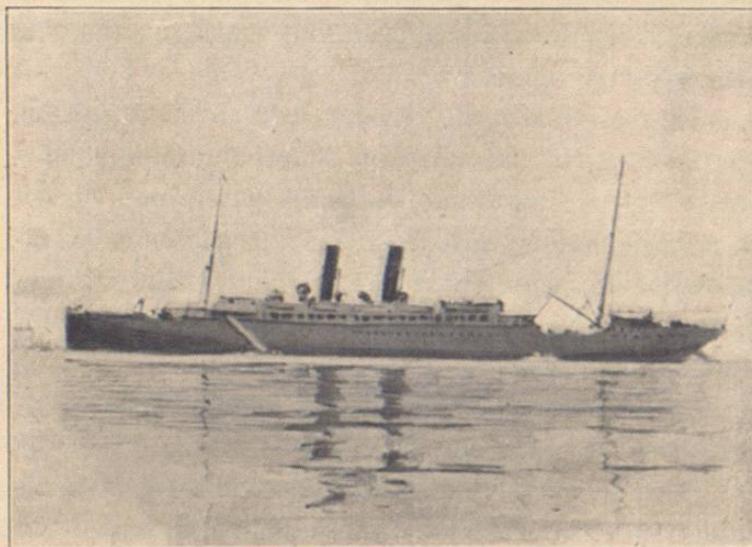
A los primeros albores del día 16 comenzaron á percibirse las brisas marinas que anunciaban la proximidad del puerto. Los vastos arenales precursores de la playa, engalanados con la peculiar vegetación de esos sitios, las palmeras y los árboles de blancas flores, eran recorridos por la locomotora en su vertiginosa carrera.

Ya estaba el sol algunos grados sobre el horizonte cuando el tren se paraba frente á la bahía, llena de embarcaciones, que le daban un agradable aspecto. Las obras emprendidas en el puerto y que se siguen activamente, han logrado retirar las aguas de la playa, dándole fondo y haciendo que los buques lleguen hasta los muelles.

Sin embargo, el *Alfonso XII*, por su gran calado, quedó enfrente de San Juan de Ulúa, el viejo castillo que

encierra hoy á seres infortunados y que en tiempo no lejano representó gran papel á causa de las revueltas en que se vió envuelto el país.

Tan pronto como llegamos á Veracruz, el señor Macías redobló su actividad para procurar que, sin pérdida



VAPOR ALFONSO XII.

de tiempo, los peregrinos se trasladaran á bordo del suntuoso vapor que los esperaba, y que se veía tan firme sobre las ondas como si hubiese sido uno de esos palacios encantados con que se nos exalta la imaginación cuando el ángel de la guarda cierra nuestros párpados en los tranquilos años de la edad infantil.

Grandioso era el palacio flotante que se presentaba ante nosotros; pero nos pareció aun más imponente cuando estuvimos dentro de él y recorriamos presuro-

sos su extensa cubierta y todos sus lujosos departamentos en que la Compañía Trasatlántica Española había derrochado todo el refinamiento que demandan las comodidades de la vida moderna.

Parece increíble que se haya podido llegar á tal extremo de magnificencia en esas embarcaciones, juguete de las olas embravecidas, cuando el mar agita como un león la hirsuta melena.

A las tres de la tarde el vapor levó anclas y sobre la serena superficie de las aguas se fué deslizándose suavemente. En esos instantes, todos los peregrinos vueltos hacia la patria que poco á poco se perdía entre las lejanías del horizonte, entonaron con fervor el *Ave Maris Stella*, ese himno lleno de inefable ternura con que imploraban la protección de la Reina de los cielos. Después, como si un solo sentimiento hubiera hecho palpitante todos los corazones, se cantó el Himno Nacional con indecible entusiasmo. Dábanse así un estrecho abrazo en aquella inmensidad el santo amor á la religión de nuestros padres y el sublime amor á la patria.

Vientos bonancibles soplaron sobre la nave, si bien las personas delicadas, especialmente las señoras, no pudieron resistir los efectos del mareo.

Inútil nos parece decir que desde el primer día de navegación quedaron establecidas las prácticas religiosas, rezándose por la noche el rosario y celebrándose la misa por las mañanas. Los peregrinos acudían á todos estos actos dando muestras de verdadera devoción y sin preocuparse por los respetos humanos.

El domingo 28, día de precepto, el capellán celebró la Santa Misa sobre cubierta. ¡Qué sublime y augusta

ceremonia! El capitán, con su oficialidad y con los tripulantes que no estaban de servicio, asistió á ella.

El mar algo agitado, cubierto por el purísimo azul del firmamento, servía de templo. En aquella inmensa y grandiosa soledad, el sacerdote convertía el pan y el vino en el cuerpo y la sangre del Divino Redentor; sobre la nave aislada en medio de tanta grandeza se arrojaban los fieles al són de la campana; el estruendo de las olas mecidas por el viento parecían entonar un himno gigante sin palabras, y la naturaleza toda revestida de sus más esplendentes galas repetía en coro el *Gloria in excelsis Deo*.

Oír á bordo una Misa y no sentirse enajenado ante tan sublime ceremonia es increíble. Los impíos enmudecen, los indiferentes se asombran y los fieles hijos de la Iglesia se encienden en el amor divino cuando tienen la dicha de presenciar en tales circunstancias el acto más grandioso y trascendental de nuestra santa religión.

Pasando frente al Morro y la Cabaña, donde el pabellón de las estrellas ha sustituido á la gloriosa enseña roja y gualda de nuestros abuelos, velados por las sombras de la noche, entramos en la hermosa bahía de la Habana.

Era digno de verse desde la cubierta del vapor el aspecto que ofrecía la ciudad. Por todas partes millares de luces; á sus tenues fulgores destacándose sobre un fondo obscuro las siluetas de los edificios; en las altas torres el parpadeo de los faros amigos del marino, y las antorchas de las embarcaciones reproduciéndose en el cristal de las aguas.

Impacientes esperábamos la aurora para saltar á tie-

rra; mas esto no fué posible porque debíamos esperar la inspección de sanidad. Cuando el sol enviaba sus rayos con más fuerza de lo que hubiera sido de desearse, fué cuando se practicó la visita por un médico cubano que, dicho sea de paso, no fué un modelo de cortesía hacia los mexicanos.

Concedida la venia para entrar en la Habana nos fuimos á dar una vuelta por la ciudad que no puede negar su origen español. Si es cierto que la ocupan los norteamericanos y que actualmente rigen sus destinos, también lo es que conserva sin variación las costumbres que le dejaron sus colonizadores.

Una cosa sobre todo merece mencionarse, y es que el pueblo no parece dispuesto á adoptar el idioma inglés, pues muy poco es lo que se habla, dominando siempre la lengua española.

La ciudad tiene una bonita posición topográfica, aunque sus calles estrechas é incómodas le quitan mucho del encanto que, por su clima, ofrece en invierno á los viajeros.

El antiguo paseo de Isabell II es amplio y elegante. Por las tardes, cuando el calor se ha suavizado á causa de las brisas marinas, es divertido ver pasar á las damas en carretelas abiertas á lo largo de la calzada.

No carece la Habana de edificios notables por su arquitectura, figurando entre ellos la Catedral. El Teatro Tacón podría ocupar distinguido puesto entre muchos de los mejores del viejo continente. Pero lo más digno de alabanza sin duda, son sus instituciones de caridad, en que las hijas de San Vicente de Paul despliegan todo el celo que las caracteriza.

Visitamos el hospital de San Francisco de Paula y nos causó buena impresión el aseo, el orden y la compostura que se advierte en todos sus departamentos. La superiora es española; vive en la Habana desde hace cerca de treinta años, y parece satisfecha del éxito que han tenido sus afanes en pro de los infelices enfermos y de los pobres á quienes prodiga sus cuidados en unión de otras hermanas de la Caridad.

Hay entre éstas, mexicanas que lejos del suelo patrio se consagran al bien de sus semejantes. ¡Quiera Dios permitirles que vuelvan á su seno para que allí produguen esos mismos bienes!

Al día y medio de haber llegado á la Habana, volvimos á hacernos á la mar. En esa ciudad se quedó un viajero de origen griego, que parece haber recorrido gran parte del mundo: en una hoja suelta escrita en inglés refiere algunas de sus impresiones que pudieran ser ciertas, pero que por lo novelescas se parecen un tanto á los cuentos de las *Mil y una noches*.

Nuestra salida de la Habana no fué tan tranquila como la de Veracruz. El mar estaba algo picado y balanceaba nuestra embarcación de popa á proa, con tal fuerza, que á algunos de nosotros nos proporcionó un baño bastante regular.

A muchas reflexiones se prestó nuestra visita á la Habana.

Cuando la perla de las Antillas desaparecía poco á poco en el horizonte, pensábamos en su porvenir. ¿La víctima de Santa Agueda dejará ver su sombra cerniéndose vengadora sobre los destinos de Cuba? ¿Es posible que el mundo civilizado haya podido presenciar en sus

postrimerías, la reproducción de esas luchas en que sólo se invoca el derecho del más fuerte?

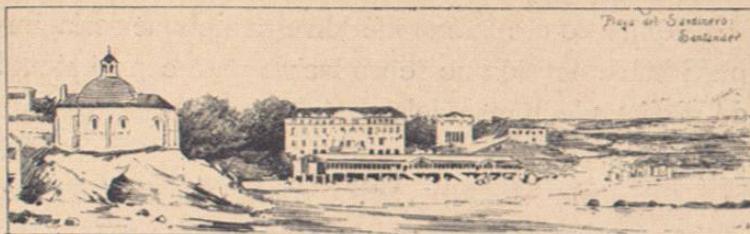
El Arbitro Supremo de los destinos de los pueblos se apiade de Cuba y de nosotros, pues no debemos echar en olvido que al apoderarse de la más rica joya de la corona española nuestros enemigos de 1847, tienen un punto más de amago hacia nuestra nacionalidad.

No desesperemos, sin embargo, que vela por nosotros la Virgen Santísima del Tepeyac, y aun seremos felices bajo su amparo, acogiéndonos á las nobles ideas que representa nuestra querida bandera tricolor.

De nuevo nos encontramos como átomos perdidos entre los abismos del cielo y del mar. Continuemos nuestro viaje.



Catedral de Puebla



CAPÍTULO II

EXPIRABA el mes de Noviembre, y con un tiempo variable llegó frente á las playas españolas el vapor *Alfonso XII*. Durante la travería el Ilmo. señor Ibarra se ocupó con todo empeño en preparar á los peregrinos para que, al término del viaje, aprovecharan las gracias del jubileo.

Inició entre otras cosas la idea de que se adoptase un canto que fuese el himno predilecto de la peregrinación. El señor cura de San José, de Puebla, don Manuel Díaz Calderón, respondió á tan oportuna iniciativa escribiendo unos versos que, ajustados á la música, sentida por cierto, de un himno á la Virgen de Guadalupe, vinieron entonándose todos los días con gran fervor por cuantos formaban la piadosa romería.